ROBIN BLACKBURN

ALEXANDER COCKBURN

1941-2012

Probablemente Alexander Cockburn habría rechazado la afirmación de que el suyo era un nuevo tipo de periodismo radical, y quizá señalaría como precedente a las notables revelaciones que su padre Claud hizo en un boletín informativo de los años treinta, *The Week.* Las maquinaciones de los miembros de la clase dirigente inglesa que admiraban a los nazis y aspiraban a convertir la política de apaciguamiento en alianza fueron puestas al descubierto por primera vez en *The Week,* y fue allí donde estos dirigentes recibieron el apodo de *The Cliveden Set* [la pandilla de Cliveden]. Claud Cockburn superó duros retos en una trayectoria profesional que abarcó de *The Times* al *Daily Worker,* desde los locos años veinte hasta la fase culminante de la Guerra Fría. Claud –y Patricia, su esposa y madre de Alexander– fueron ciertamente una fuente de inspiración constante para Alexander, como a menudo recordaba este a sus lectores. No obstante, en las cambiadas condiciones de las décadas de 1960 y 1970, hacía falta innovación para reinventar el periodismo del *franc-tireur,* a menudo merodeando tras las líneas enemigas, alerta a las infinitas variedades de la charlatanería liberal, y descubriendo el verdadero mundo del dinero a lo grande y del Estado de la seguridad nacional. Las épocas de Reagan y Clinton, Bush y Obama son distintas de las de Roosevelt, Hitler y Stalin, o de la plena Guerra Fría, pero han alimentado sus propias corrupciones, venenos y peligros. Las columnas y el boletín informativo, *CounterPunch,* proscritos de Alexander responsabilizaban a las elites en el poder y ponían de manifiesto el conformismo de los órganos de opinión serios.

Claud Cockburn tuvo que lidiar con dos décadas de avance fascista; pero vio cómo revertía la marea de la historia con la organización obrera, los partisanos antifascistas, el Ejército Rojo y la independencia colonial. Alexander se lanzó al periodismo radical en la década de 1960, pero pronto tuvo que afrontar el fin del avance obrero, la caída de la Unión Soviética, el ascenso de la nueva derecha y un progresismo que asumía los objetivos de las autoridades atlánticas. Surgió entonces una extraordinaria amnesia que permitió a escritores supuestamente progresistas o de izquierdas convertirse en animadores de la expansión de la OTAN y de una nueva versión de la misión civilizadora de Occidente. Antes de que se hundiese la

URSS, Alexander había advertido con frecuencia contra la «inflación de la amenaza» por parte de los neoconservadores; las exageraciones se volvieron aún más grotescas tras el atentado terrorista del 11-S, y llevaron a la ciudadanía amedrentada a apoyar la ocupación de Afganistán y la invasión de Iraq.

En estas condiciones, Alexander tuvo que ser la vanguardia y la retaguardia en uno solo: en el centro de lo que ocurría, pero a gran distancia también de las acomodaciones mezquinas de muchos compañeros de profesión. Se consideraba ante todo a sí mismo un periodista en activo. Pero aunque fue autor de algunos reportajes dignos de mención, esta no fue su verdadera distinción. Alexander asumió su puesto de centinela y escolta en una época en la que columnistas estrella y engreídos conductores de programas de actualidad habían eclipsado a los meros reporteros y redactores. Las vacas sagradas distraían al público de los crímenes que se estaban perpetrando a plena vista. Si los columnistas famosos eran ingenieros del consentimiento, Alexander estaba cerca para revelar sus elusiones y complicidades. Junto con una diminuta banda de hermanos y hermanas, mantuvo a raya a los ejércitos de la reacción, dando a las fuerzas de la renovación tiempo para reagruparse.

Alexander llegó a Estados Unidos en 1972, en el momento preciso en el que un tipo de la izquierda alcanzaba su apogeo y una nueva izquierda, basada en los movimientos sociales, luchaba por nacer. En la década anterior había colaborado en la primera remodelación de *New Left Review,* uniéndose al consejo editorial y convirtiéndose en director jefe en 1966. En ese momento la revista estaba dirigida por un colectivo muy intenso de menos de una docena de redactores, que se reunían varias horas cada dos semanas. Alexander tenía un trabajo diario como subdirector del *Times Literary Supplement,* y después, aproximadamente en 1967, en el *New Statesman*. En *NLR* agradecimos enormemente el extraordinario don de Alexander para tomar un artículo importante y convertirlo en algo legible y memorable. Ya fuese una mínima subedición o una completa renovación, Alexander sabía lo que había que hacer; y lo hacía con tanto tacto y habilidad que el autor se mostraba invariablemente agradecido. Había en su trabajo de editor algo filosófico así como técnico que presagiaba su futuro como escritor.

Alexander no invirtió en ninguna oposición entre la nueva y la vieja izquierda; por el contrario, le satisfacía que ambas pudieran unirse, como explicó en *Seven Days in Seattle* (2000), escrito en colaboración con Jeffrey St. Clair. Sin aceptar ninguna metafísica obrera, juzgaba a los autoproclamados agentes del cambio por su impacto real en los trabajadores. En 1966, Alexander y yo editamos para Penguin y *New Left Review* una recopilación titulada *The Incompatibles: Trade Union Militancy and the Consensus,* que reunía a organizadores sindicales, periodistas de izquierda como Paul Foot, economistas marxistas y dos liberales –Michael Frayn y Philip Toynbee– que se burlaron de la demonización de los activistas sin-

dicales tanto por parte de pensadores laboristas como conservadores. Jack Jones, el líder del sindicato de Transportes que, como Claud Cockburn, había luchado en España, también colaboró. El propio Claud nos ayudó a planear el libro, además de colaborar en él. Tras un agotador debate sobre las limitaciones de la huelga como arma nos instó a poner el desacuerdo en el libro, en lugar de intentar hallar una posición perfectamente correcta. Las ventas fueron razonables, no asombrosas; pero el libro sí registró una militancia sindicalista que alteraría a tres gobiernos británicos, los de Wilson, Heath y Callaghan.

Seguimos con otra recopilación editada conjuntamente, *Student Power,* que aprovechó la ola de 1968-1969 y vendió 75.000 ejemplares. En nuestros días de universitarios habíamos despreciado la política estudiantil por su frivolidad y arribismo, pero la oleada de ocupaciones estudiantiles a finales de la década de 1960, relacionada con las luchas contra la guerra y obreras, era un asunto muy distinto. Alexander, aunque desconectado para entonces del ámbito académico, escribió en 1967 para *NLR* un reportaje sobre una revuelta estudiantil en la LSE. En mayo del año siguiente, en París, los estudiantes ocuparon el lugar que les correspondía en una revuelta internacional contra el colonialismo y el capitalismo. A Alexander le encantó echar una mano a esta insurgencia, pero la vida universitaria no le atraía. Le interesaban empresas mayores que las que podían hallarse en las aulas.

En enero de 1968, los dos asistimos al Congreso de Intelectuales de La Habana y escribimos conjuntamente un artículo sobre la burocracia y el control de los trabajadores, inspirado en una gama ecléctica de autoridades, desde Weber y Marcuse a Lenin, Isaac Deutscher y Che Guevara. Nuestro argumento era que las guerrillas mal equipadas de Viteman estaban derrotando a la dirección militar más avanzada del mundo, contradiciendo la afirmación hecha por Weber a favor de la superioridad de la organización burocrática. Por desgracia tuve que abandonar el congreso demasiado pronto, antes de que hubiésemos tenido tiempo de arreglar algunos párrafos teóricos que yo había redactado o de remachar nuestra crítica al estalinismo. Como más tarde recordaría Alexander, se quedó él solo para defender algunos pasajes complicados de la «tesis Blackburn-Cockburn», en los que criticábamos la ceguera de Weber ante la verdadera dinámica de la historia y poníamos de manifiesto la necesidad de romper el sofocante control de los funcionarios brezhnevitas. Con los delegados fraternales de la Unión de Escritores Soviéticos indignados por este ataque, a Alexander le gustaba afirmar que yo lo había arrojado a los sarnosos lobos rusos, pero los amigos me aseguraron que defendió nuestro alegato con la acostumbrada seguridad en sí mismo. Cinco años antes, el primer artículo de Alexander en la *NLR*, una reseña sobre *Catch-22* de Joseph Heller, ya había ofrecido luminosas ideas sobre el militarismo burocrático y el espíritu del capitalismo; el número, *NLR* 18, contenía asimismo artículos sobre el control de los trabajadores y la guerra de guerrillas. El libro de Heller está ambientado en una base aérea estadounidense durante la Se-

gunda Guerra Mundial, y Alexander resalta la figura de Milo Minderbinder, un cabo de la marina que, siguiendo el espíritu de la libertad de empresa, acepta una lucrativa oferta de los alemanes para bombardear su propia base, y ofrece su propia descripción sobre la relación ideal entre el capitalismo y la guerra: «Francamente, me gustaría ver al Estado salirse por completo de la guerra y dejarle todo este campo al sector privado. Si le pagamos al Estado todo lo que le debemos, no haremos más que fomentar el control estatal y disuadir a otros individuos de bombardear a sus propios hombres y aviones. Eliminaremos su incentivo.» Sesenta años después, esto ha avanzado más allá de la parodia.

Nuevos mundos

A comienzos de la década de 1970, Alexander estaba planteándose trasladarse al otro lado del Atlántico, al país en el que se tomaban las grandes decisiones y nacían nuevos movimientos. Por supuesto, Claud también había dado este paso en los años veinte y, como muchos izquierdistas europeos, consideró refrescante el contexto estadounidense. Alexander tardó en apreciar la relativa facilitad de comunicación entre las distintas clases en Estados Unidos. Incluso cuando residía principalmente en Nueva York, viajó extensamente en busca del Estados Unidos contemporáneo. «Press Clips», la columna de Alexander en el *Village Voice,* exploraba nuevos territorios, por la destreza y el detalle con los que abordaba el trabajo de los periodistas en general y la nueva camada de formadores de opinión en particular. Alexander consideraba el periodismo como un arte o una ocupación, y no toleraba las excusas de quienes por pereza –o cobardía– respaldaban las *idées reçues* de la época.

Me explicó que sus días en Londres le habían mostrado técnicas eficaces de ridiculización y refutación. La publicación quincenal satírica *Private Eye* le había enseñado a combinar el sensacionalismo con la capacidad de desenmascarar a los grandes de Fleet Street. Claud Cockburn fue también el eslabón a este respecto; los fundadores de *Private Eye* reverenciaban *The Week.* Colaborando como director invitado de un número de *Private Eye,* Claude enseñó a adoptar un enfoque férreo respecto a las fechorías políticas, los escándalos empresariales y el abuso de autoridad. Este enfoque se convirtió en un elemento básico de las páginas interiores de la revista y –bajo la rúbrica del «periodismo de investigación»– sería emulado por otros periódicos que deseaban obtener el respeto de sus lectores. Durante muchos años, Claud siguió teniendo una columna en *Private Eye,* en la que demostraba que un argumento mortalmente serio podía volverse más memorable mediante una chispa de ingenio. Alexander entendía muy bien que un apodo bien elegido que se asignase a un enemigo del bien público podía ayudar a remachar varios párrafos de argumentos bien afinados. Así, Samuel Huntington, alias «Mad Dog» (perro rabioso), o los «bombarderos de portátil», filósofos militares que pedían bombardeos aéreos masivos para castigar a los dictadores de Oriente Próximo que se habían descarriado de la función

asignada. Alexander era perfectamente consciente de las trampas de la «comedia». Sólo alguien tan brillantemente entretenido y provocador como él se atrevería a ridiculizar el humor, pero él lo hizo, advirtiendo que el significado más profundo de todos los chistes era a menudo reaccionario, y que siempre había que fijarse en el verdadero mensaje de la ironía, que en todo caso muchos se tomarían literalmente. Alexander usaba el ingenio al servicio de la observación, y como herramienta para localizar la incongruencia. En su historia sobre *The Week,* Patricia Cockburn explicaba que el impacto de los reportajes y los comentarios de Claud radicaba en que poseía un «ojo de extranjero», la capacidad del extraño para ver lo que realmente ocurría. Es un don heredado por Alexander.

Ya en 1976, Alexander vio que el continuo ascenso de la engañosamente amistosa –o ridícula– figura de Ronald Reagan era la noticia en la que centrarse. Analizando el impacto del discurso del gobernador de California en la convención republicana, observó que este era «el único ideólogo conspicuo de la campaña». Los característicos ataques de Reagan contra el Estado hipertrofiado y el «imperio del mal» carecían de las salvedades y las concesiones de los republicanos convencionales, que apoyaban la distensión en el exterior y la seguridad social en el interior. Pero dichos ataques les resultaban atractivos incluso a muchos demócratas. Reagan ofrecía una versión pulida de la política derechista, «sin la irascibilidad de Goldwater, la grosería de Wallace, la empalagosa deshonestidad de Nixon». Pero la verdadera amenaza estaba en el fondo enmascarada por el estilo emoliente. Alexander estaba seguro de que, incluso aunque no fuese elegido, Reagan era el futuro. Ya «los demócratas bailaban a su son». La amenaza contra los impuestos progresivos, la seguridad social y la distensión era palpable, aunque la línea «antiestatal» era artificial: lo que Reagan quería realmente era «un uso diferente del poder del Estado», convirtiéndolo en criado de «grandes empresas y bancos». Habría mucho más que decir, pero Alexander estaba en esto disparando sus primeros tiros proféticos contra un fenómeno que remodelaría la política estadounidense. Esta columna la escribió en colaboración con James Ridgeway para el *Village Voice,* pero se convirtió en tema central de la columna «Beat the Devil» [Vencer al diablo] escrita por Alexander para *The Nation,* a partir de 1984.

La ampliación de este argumento ocuparía buena parte de *Corruptions of Empire: Life Studies and the Reagan Era,* un libro publicado con gran éxito en 1987, en el que yo tuve el honor de colaborar como editor de Verso. La portada del libro presentaba un collage estilo Heartfield, que mostraba a Reagan y Thatcher estrechándose la mano ante la Casa Blanca, mientras otras figuras analizadas en el libro, desde Warhol a Hitler, se agolpaban a su alrededor. Claud Cockburn, Marx y Chomsky acechan en el follaje de la izquierda; llamaradas y humo salen de la Casa Blanca, obra de incendiarios negros liderados por la figura de un almirante británico, sir George Cockburn, antepasado de Alexander. La contraportada señalaba que sir George había liberado a trescientos esclavos virginianos y capturado la Casa Blanca en 1814, en una de las últimas acciones de la

Guerra de 1812. Esta pequeña viñeta podría aportar a los reseñadores del libro un punto de conversación útil, explicaba Alexander, si no tenían tiempo para leérselo.

Muchos de los tributos a Alexander han saludado el logro y la influencia de las columnas publicadas en el *Village Voice*. Vale la pena resaltar que su crítica era tanto externa como interna. Haciendo buen uso de su «ojo de extranjero», Alexander catalogó los tropos de desinformación y pormenorizó las grotescas corrupciones de la esfera pública. Su interpretación de la política de Reagan estaba arraigada en las realidades del asunto Irán-Contra, las condiciones reales en la Palestina ocupada; fue adepto a descubrir los modos de intimidación del comité israelo-estadounidense de actividades políticas, el AIPAC. Su crítica a *New York Times* y *Commentary,* Norman Podhoretz y *The New Republic* fue devastadora y perspicaz. Sin embargo, no se limitó a retar a los expertos de Manhattan y de los centros de poder. El reaganismo no fue sólo un estilo retórico nuevo e interesante. El gobierno de Reagan y su progenie dieron lugar a una época en la que los salarios quedaron muy por debajo de la productividad y en la que la deslocalización destruyó millones de puestos de trabajo. El nuevo patrón alimentó la desindustrialización y una desigualdad obscena. Los neoliberales celebraron la liberalización y los trucos financieros, cuyo alto precio Alexander divulgó con la misma asiduidad que las atrocidades de «Mad Dog» y «Poddo». Desde 1984, la columna «Beat the Devil» salvó a *The Nation* –en algunos momentos casi por sí sola– de convertirse en un pingajo demócrata, de descender hasta la categoría de perrito faldero alcanzada en Reino Unido por *New Statesman*.

Alexander plasmó con brillantez su opinión sobre el espíritu de la época de Clinton en *Washington Babylon* (1996), escrito en colaboración con Ken Silverstein, una entusiasta sátira del zoo humano que es la capital estadounidense, que combinaba los conocimientos propios de quien observa desde dentro con una despreocupada falta de respeto hacia los que mandan. El libro ofrecía unas ochenta fotografías de ciudadanos residentes en Washington en poses características e inadvertidamente reveladoras, cada una acompañada de un pie explicativo. Así, la foto de un hombre que empieza a perder la juventud, con abundantes rizos, recibe el siguiente comentario:

> Leon Wieseltier: «Mas dejadme abofetear a este bicho de alas doradas / este hijo de la suciedad pintado, que apesta y pica […]» El Tartufo de Babilonia, establecido en *The New Republic,* donde ha llevado la vida de un diletante literario de segunda fila […] estafando a los becarios, cuyos deberes incluían pasearle el perro. Vago, lleno de patética arrogancia, Wieseltier evoca la Grub Street londinense en la década de 1890, cuyos impostores bohemios tan bien retrató Max Beerbohm (aunque Wieseltier no tendría la valentía de firmar un pacto con el diablo, como hizo Enoch Soames). La noticia de portada para una vida de marcada, aunque sin duda compasiva, falta de productividad, es que está trabajando en un «libro sobre los suspiros».

Los autores de *Washington Babylon* se concentran en las personas influyentes, en los 80.000 miembros de grupos de presión que residen en la ciudad y en paladines de la «reforma» financiera como Robert Rubin, expresidente de Goldman Sachs que se convirtió en secretario del tesoro de Clinton; los senadores Gramm, Dodd y Nunn; Alan Greenspan; Robert Bartley de *Wall Street Journal;* y Thomas Friedman, «madurando en el barril del engreimiento como experto registrado en el *New York Times*». Ya en 1996, *Washington Babylon* dedica media docena de páginas a detallar cómo habían prosperado los chanchullos de Enron gracias a sus asiduos cortejos y agasajos al gobierno de Clinton y a los legisladores estadounidenses. Cockburn y Silverstein advertían a sus lectores del nuevo mundo de financiarización y clintonómica: con descarados tratos entre personajes del sector, peligrosas burbujas bursátiles, liberalización de la banca, trampas de los directores gerentes, pérdidas de puestos de trabajo, disminución de la protección social y degradación de las pensiones. Igualmente proféticos fueron los retratos que hicieron del Estado de Seguridad Nacional, una vez que la era del Irán-Contra y sus guerras derivadas diesen lugar tras 1990 al bombardeo aéreo y a la invasión directa de la antigua Yugoslavia, Afganistán e Iraq. El libro era suficientemente salvaje y exacto como para convertirse en blanco de varias demandas judiciales, aunque muchos renunciaron a ponerse en ridículo explicando cuál de las diversas alegaciones era incorrecta, y los que mejor lograron mantener la compostura afirmaron disfrutar con las mordaces observaciones. Varias reimpresiones permitieron publicar el libro privándolo sólo de unos cuantos de sus pies de foto más exuberantes.

Alexander fue un defensor temprano del movimiento medioambiental, publicando en 1979, junto con James Ridgeway, un útil manual de lecturas recomendadas sobre «ecología política». *Fate of the Forest: Developers, Destroyers, Defenders of the Amazon,* escrito en colaboración con Susanna Hecht en 1990, sigue siendo un clásico medioambiental del que se han vendido un cuarto de millón de ejemplares. La preocupación que el libro manifiesta por los habitantes de las selvas, su oposición al desarrollismo y sus bien escogidas ilustraciones contribuyen a darle una calidad especial. El conocimiento por parte de Alexander de los detalles precisos de la política ecológica era incomparable, como demostró su crítica a la capitulación de los grupos ecologistas convencionales ante el gobierno de Clinton, publicada en *NLR* en 1993[1]. Últimamente, la creencia manifestada por Alexander de que el calentamiento planetario podría no deberse principalmente a la acción humana ha sido muy criticada. Obviamente no tenía credenciales de científico climático, pero es difícil entender qué objeción podría haber a que desconfiase del consenso científico y sondease si el grupo de presión favorable a la energía nuclear tenía la solución más segura. Las razones para preocuparse por el cambio climático son palpables, y la perspectiva, aterradora; pero si el tema se ha dejado de lado, es la política convencional

[1] Véase «"Win-Win": The Clinton Administration Meets the Environment», *NLR* I/201, septiembre-octubre de 1993.

y no la diminuta banda de escépticos la que lo ha conseguido, haciendo que el tema quedase discretamente enterrado en Copenhague y Río. Como Malcolm Bull ha demostrado, las medidas eficaces para reducir el cambio climático plantean problemas reales a la democracia: la participación de los legos en el debate será esencial si queremos minimizarlos[2].

De Petrolia al mundo

Ser amigo de Alexander era maravilloso. Su revitalizador saludo, «¿Qué hay, tigre?», preludiaba invariablemente algo extraordinario. Conseguía iluminar una habitación o llevarte a la aventura más imprevista. Nunca sabías qué iba a ocurrir o a quién ibas a conocer a continuación: un exponente de la danza extrema, un investigador de lo militar, un director de cine italiano, un antiguo escritor de discursos de Nixon, o un fotoperiodista recién regresado de Teherán. Un paseo por Green Park en Londres, o una visita a un pub en Yoghal, podían provocar los descubrimientos más sorprendentes.

Su muerte me hace comprender que estas aventuras con él se encuentran entre los mejores momentos de mi vida: los más placenteros y llenos de significado. Si eras experto en algo, debías esperar que te sonsacase incansablemente información y puntos de vista; y que difundiese al mundo, con su inimitable estilo, tus preciadas conclusiones. Una serie de colaboradores recibieron su reconocimiento –James Ridgeway, Bob Pollin, Ken Silverstein, JoAnn Wypijewski y Jeffrey St. Clair– pero también internos y una red de contactos en las más variadas instituciones. En la década de 1980, Alexander escribió más de tres columnas semanales, además de asumir otros encargos. Al comentar todas las semanas sobre una amplia variedad de acontecimientos durante casi cincuenta años, debió de cometer errores; pero nunca fueron de esos cometidos por quienes intentan agradar a las multitudes o buscan una popularidad fácil. La defensa que hizo de los derechos civiles de la Cienciología o de los delincuentes sexuales fue producto de un libertarismo y un sentido de la contradicción honorables, principios que practicaba de manera más congruente que algunos de quienes los asumían retóricamente. Su estilo era tan pulido y jovial como siempre, pero mantenía un ritmo incesante. Sin embargo, me impresiona que los becarios que han colaborado con Alexander, incluso aquellos que se han alejado de sus creencias políticas, escriban sobre el placer de trabajar con él.

Hasta que la enfermedad terminal se apoderó de él, la energía de Alexander estuvo sostenida por un estilo de vida arrogantemente sano –pastoril incluso– y por una envidiable capacidad para dormir profundamente a media tarde. Un maravilloso artículo escrito por él, «Short Meat-Oriented History of the World» [«Breve historia carnívora del mundo»], para *NLR* 215

[2] M. Bull, «What is the Rational Response?», *LRB*, 24 de mayo de 2012.

transmitía con brillantez su gusto por la vida campestre. Tras sumergirse al principio en la vida neoyorquina, más tarde se trasladó a Cayo Hueso –el punto más meridional de Estados Unidos– y posteriormente a la costa oeste, primero Aptos y después la distante Petrolia, un diminuto asentamiento en Lost Coast, donde vivió los últimos veinte años. Estas remotas guaridas todavía le permitían mantenerse en contacto electrónicamente y hacer expediciones de descubrimiento regulares en uno de sus coches clásicos. Alexander relató sus viajes por carretera en *CounterPunch* como exploraciones de *l'Amérique profonde,* ofreciendo vívidas descripciones de voces desde el sur, el medio oeste y el oeste de Estados Unidos que raramente se escuchan, y de paisajes rurales y de pueblos que raramente se contemplan.

El estilo prosístico de Alexander era notable por su claridad y fidelidad a lo real. Parecía manar con facilidad, aunque probablemente se tratase de una sensación engañosa. Era un lector voraz, hablaba sin cesar por teléfono y se esforzaba mucho para seguir prometedores rastros nuevos. Tenía una amplia red de amigos e informadores a los que podía recurrir, empezando por sus dos notables hermanos, uno en Washington y el otro en Rusia primero y después en Oriente Próximo. Los lacónicos párrafos de Alexander también debían algo al aforístico Adorno de *Minima Moralia*, con su odio a los tópicos y a la hipocresía; aunque, como expresó Edward Said, sin la «tristeza» de este. El libro de Adorno siguió siendo una inspiración para Alexander hasta tiempos recientes; a menudo solicitaba a Verso un nuevo ejemplar para sustituir otro perdido o regalado. En uno de sus últimos libros –*End Times,* en colaboración con Jeffrey St. Clair– abordó la dialéctica de destrucción y renovación que ahora se da en el sector periodístico y en otros medios de comunicación. En una notable entrevista de tres horas concedida a C-Span tras la publicación del libro, predijo que el imperio de Murdoch se vería reducido por su propio cinismo y su invasora brutalidad, así como por el nuevo mundo del ciberespacio. Por su parte, la respuesta de Alexander a la crisis de la prensa se centró en aprovechar los nuevos métodos de comunicación. A mediados de los noventa empezó a trabajar con Ken Silverstein en el boletín político *CounterPunch,* y más tarde lo lanzó en internet con Jeffrey St. Clair como codirector. Juntos lo convirtieron en una fuente indispensable de reportajes y opinión, que a menudo alcanzó más éxitos que Salon.com.

Mi último contacto con Alexander hizo referencia a un artículo que él había escrito sobre la crisis del euro y que amablemente adaptó para un periódico de Soho. Encontró una forma de acusar a los burócratas y su vergonzoso acoso a países grandes y pequeños sin caer en el aburrimiento y el chauvinismo del «euroescepticismo» británico y aportando sagaces notas añadidas que complementaban el argumento más central:

> Parece que la eurozona podría estar disolviéndose, cosa que a mí me da igual. Cuanto antes volvamos a los francos, las liras, las libras irlandesas, los dracmas y el resto de las antiguas monedas soberanas, mejor a la larga. Antes formaba

parte del viaje a Francia, tanto como asfixiarse con el humo de los Gauloises, cambiar dinero y que le diesen a uno un fajo de billetes con la efigie del retorcido cardenal Richelieu, en lugar de los billetes de euro, carentes de personalidad pero siempre un tanto caros […] El «proyecto» –una palabra muy irritante que debería tirarse en la basura junto con «icónico», «práctica social», «análisis gramatical» y «relato»– de la UE es en esbozo potencial una pesadilla. ¡Abajo el federalismo! Recordemos el odio de Simone Weil hacia el imperio romano y lo que este le hizo a la riqueza y a la diversidad cultural de Europa […] «¿Qué ha hecho por nosotros el imperio romano?» pregunta el nacionalista de izquierdas en la imperecedera *La vida de Brian* de Monty Python. «Carreteras», apunta tentativamente el federalista. Mi país natal de Irlanda se ha cubierto de enormes carreteras, cortesía de la UE. Nos sobran. A Europa le sobran. ¡Basta de eurozona, basta de «proyecto europeo»!

Cuando la eurozona se desmorone, cuando se esgriman amenazas de guerra, cuando los huracanes tropicales asolen zonas templadas y cuando este noviembre se celebren elecciones, habrá tentaciones de olvidar los consejos de Alexander y ceder a la desesperación de males menores. Pero su riguroso y glorioso desafío sigue siendo una inspiración, cuyos significados precisos tendremos que adivinar e interpretar nosotros solos.